

CREER EN EUROPA

"No coeligamos Estados, unimos hombres".
(Jean Monnet).

El proceso de construcción de Europa está en marcha y con las terceras elecciones directas al Parlamento Europeo, que en nuestro país tendrán lugar en próximo día 15 de junio, un nuevo jalón en el camino de la Unión Europea habrá sido recorrido.

La magnitud de los desastres provocados por la Segunda Guerra Mundial produjo en Europa tal conmoción que este suceso marca sin lugar a dudas el antes y el después de la historia del viejo continente, puesto que, por un lado, la necesidad de evitar una nueva y quizás definitiva conflagración se convirtió en el más vehemente de los deseos y, por otro, era evidente que la siempre beligerante vieja Europa había sido la desencadenante de las guerras que han empañado ya para siempre la memoria de este siglo.

Consecuentemente, la paz aparece como razón de ser última del laborioso proceso de construcción de Europa en el que actualmente estamos inmersos, y este objetivo final bien puede justificar a la vez los errores y grandezas acaecidos en el transcurso del mismo. De hecho, no cabe pensar que ninguna otra consideración distinta de la necesidad imperiosamente sentida de paz hubiera podido ser aglutinador suficiente para poner en marcha en este siglo un proceso de Unión Europea similar al que vivimos.

En efecto, desde Roma, desde la "republica cristiana" medieval, desde que Dante denunciara al "monstruo de múltiples cabezas" del nacionalismo y preconizara una Sociedad Universal de Estados sin lugar para la soberanía absoluta de éstos, ordenada pero no uniformada por un Imperio dirigido al logro de la unidad en la diversidad, siglos enteros de historia nos hablan de sucesivos proyectos unificadores para Europa : sólo desde Pierre Du Bois al Abad de Saint-Pierre pasaron más de cuatrocientos años plenos de designios e intentos frustrados. Emperadores desde Carlomagno a Carlos V, reyes como Georges Podiebrad rey de Bohemia o Estanislao Leczinski, Papas como Pío II, cardenales como Alberoni, nobles como el Duque de Sully, monjes como Emeric Crucé o el Abad de Saint-Pierre, escritores como Dante y Petrarce, abogados de causas reales como Pierre Du Bois, industriales como Antoine Marini, legisladores como William Penn, humanistas como Erasmo, filósofos y teólogos como Amos Comenius, comerciantes como Goudet, aventureros como Ange Goudar, doctores como Eobald Toze de Alemania o grandes señores como J.H. Lilienfeld... todos ellos nos hablan de sueños y proyectos en común. Por tanto, nuestro proyecto

de Unión Europea no es de ayer, sino que una rica historia lo sustenta.

¿Y qué decir de nuestro propio siglo, de este siglo en el que los sueños de los idealistas de otrora han empezado a hacerse realidad y una Europa nueva empieza a surgir laboriosamente de entre las ruinas de su pasada grandeza? Estos de hoy no son desde luego tiempos propicios para soñadores ni para idealistas, pero en el proceso de la construcción europea nuestro siglo constituye sin lugar a dudas el momento culminante. El periodo existente entre ambas guerras mundiales fue ya en sí de profunda fecundidad europeísta, testigo mudo de los esfuerzos paneuropeos del conde Coudenhove-Kalergi o del lazo federal entre los pueblos de Europa propuesto por Aristide Briand y secundado por Gustav Stresemann, paradigma del alemán conciliador que desaparecería engullido por la vorágine del nacionalsocialismo. También durante la misma segunda gran guerra iniciativas como las del Manifiesto de Ventotene o el de la Resistencia Europea mantuvieron encendida la llama de la unión entre los pueblos de Europa, pero fue a la terminación de aquella cuando esa llama se aviva con un nuevo y definitivo impulso. Churchill y sus Estados Unidos de Europa, el Congreso de la Unión Europea de Federalistas de Montreaux de agosto de 1947, y el Congreso de Europa celebrado en La Haya en mayo de 1948, cuya comisión cultural presidió nuestro insigne compatriota Salvador de Madariaga, constituyen los antecedentes últimos de un proceso que empieza por fin a cristalizar en formas concretas de cooperación como el Consejo de Europa, la Organización Europea de Cooperación Económica -OECE- (después Organización de Cooperación y Desarrollo Económico -OCDE-), la Unión de Europa Occidental (UEO) y la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN).

Ahora bien, con entrafar un avance innegable, estas organizaciones de cooperación, basadas sobre el respeto a la soberanía nacional y la regla de la unanimidad, no podían resultar enteramente satisfactorias para quienes deseaban ir más allá en su ataque a las soberanías nacionales instituyendo organizaciones integradoras inspiradas en un modelo federal. Es la hora de las Comunidades Europeas. El ministro francés Robert Schuman, al declarar que Europa no se hará de golpe ni en una construcción de conjunto, sino mediante realizaciones concretas, creyendo primero una solidaridad de hecho, indica la forma de recorrer un camino que su compatriota Jean Monnet ha diseñado.

La primera realización concreta afectará al carbón y al acero, origen de odios seculares y causa eficiente de numerosas guerras entre Francia y Alemania, y con este fin se constituye en 1951 la Comunidad Europea del Carbón y del Acero. En 1957 le llega el turno a los sectores de la energía atómica y económico y son constituidas la Co-

munidad Europea de la Energía Atómica o Euratom y la Comunidad Económica Europea. En la búsqueda de la unión europea, empero, han quedado ya jirones como el de la fracasada Comunidad Europea de Defensa y el de una Comunidad Política Europea : el camino hacia la Unión final habrá de recorrerse más lentamente.

El Acta Unica Europea, sin embargo, confiere nuevo vigor y ofrece un nuevo enfoque para el logro de la Unión Europea. Esta, que hasta ese momento se buscaba sólo por el camino de la construcción comunitaria, se perseguirá en lo sucesivo también mediante un nuevo mecanismo que, vigente en la práctica, se institucionaliza con el Acta : el de la Cooperación Política Europea.

El objetivo es siempre el mismo : la unión entre los pueblos de Europa y la paz, pero el caminar es lento y con frecuencia vacilante; las instituciones son variadas y a menudo tenidas por demasiado lejanas; la burocracia aparece engorrosa y temible; las políticas sectoriales son frecuentemente incomprensibles para una inmensa mayoría; los recelos, principalmente por razones nacionales, continúan. Sin embargo, la certeza de que la puesta en marcha de todo el proceso ha proporcionado al viejo continente uno de los más prolongados periodos de paz de toda su historia es incontestable. Hay muchas otras pero, aunque no existieran, ésta sería una razón de entidad suficiente para creer en Europa, para entusiasmarse y luchar por el viejo sueño de la unidad de Europa.

El nacionalismo, viejo enemigo, es todavía fuerte, pero su época ya ha pasado. La soberanía nacional sigue siendo sacrosanta, pero ya no puede justificar las necesidades de los modernos Estados y cada día se revela un poco menos intangible. En la conciencia de los hombres, donde se encuentra la energía necesaria para hacerlo, se abre paso poco a poco la convicción de que es preciso un esfuerzo paneuropeo. El logro de ese objetivo último esté asegurado y es una cuestión de tiempo que sólo los más recalcitrantes se permiten poner en duda. Aun con sus limitaciones y no siendo un fin en sí misma sino sólo un hito en el camino por la Unión, la Comunidad Europea constituye un punto de no retorno que hace tambalear las convicciones de los más reacios y los hace un poco menos escépticos cada día : ha de entenderse de una vez por todas que la Europa del átomo, del carbón y del acero o de los mercaderes no es sino un aspecto concreto de la lucha por la Unión. En esta época nuestra materialista y superficial, el ideal de la Unión Europea es algo grande, bueno y digno en lo que creer. En cualquier caso, del logro de la Unión en la que unos pocos, cada día más, creen se beneficiarán todos.

J. Javier J. Fernández Fernández

Abogado. Master en Comunidades Europeas y D. Humanos.
(Publicado en "La CRONICA de León" el 14-mayo-89).